

Una vida manipulada

Por A. E. LÓPEZ CALVO

«A MI NO ME MANIPULES...», «Tú lo que quieres es manipularme», «Están manipulando al electorado...» Se oye a cada paso y no queda sino deducir que nadie quiere que lo manipulen y, como contrapartida, que todos están intentando manipular a alguien.

El caso es que la dichosa palabreja está en labios de todos y, según parece, esto de que intenten manipularlo a uno es cosa grave, ofensiva, temible y no sabemos si evitable.

Esto de manipular nos viene del latín *manipulum* que quiere decir «puñado» y aunque en castellano lo tenemos como «operar con las manos para obtener un resultado», lo que nosotros queremos decir cuando decimos que nos manipulan es que nos quieren tener en un puño. Aunque los padres de la Lengua nos dicen que familiarmente tiene el sentido de «gobernar los asuntos propios y ajenos», en el uso diario es que no hablamos de «asuntos», sino de «sentimientos» y voluntades que se pretenden extorsionar y torcer por el engaño y esto, sin broma, suena como muy grave.

Si todos tememos ser manipulados en nuestras relaciones, personales y colectivas, y por doquier se oyen voces de que se está intentando hacerlo, no es preciso ser muy listo para caer en la cuenta de que el manipular es una intención de conjunto. O, de otra manera, que ya es un hábito, una costumbre o quizás —mucho más profundo— una forma cultural de llevar nuestras relaciones. Una forma que ha sido corriente dentro de nuestra sociedad y que, de pronto, ha sido reconocida por los damnificados y denunciada por todos. El problema es que víctimas y victimarios lo somos todos y al mismo tiempo.

Descubrir «súbitamente» algo que nos viene pasando desde siglos no tiene nada de extraordinario. Primero porque nos ha sucedido con muchísimas cosas y segundo, pero quizás más importante, es que el descubrimiento consiste de verdad en que lo sabíamos o lo sufríamos, pero lo silenciábamos porque entendíamos que era correcto y normal. Poco más o menos, como la mujer que nunca reclamó un orgasmo porque jamás lo tuvo y cree que hacer el amor es «esa cosa horrible que le ocurre los sábados». Hasta que un día una vecina sin prejuicios le informa que en realidad «eso» produce placer, no es pecado ni engorda.

Con lo de la manipulación nos ha ocurrido lo mismo, sólo que el descubrimiento no ha sido tan grato ni prometedor. Por el contrario, hemos caído en la cuenta que muchos proclamados desvelos, valores respetados o deberes exigibles no eran sino pretextos para mediatizar lo que podría ser nuestra propia decisión. Lo que sucede es que nosotros tampoco sabemos o disponemos de otros medios para mediatizar la decisión de los demás. Quizás no deberíamos plantearnos esta necesidad pero, según están las cosas, parece ser la regla esencial del juego.

Cosa de Dios

Les llaman «sectas peligrosas» y últimamente saltan a las portadas de los periódicos y hasta hacen piruetas en los banquillos de algunos juzgados. Los delitos que se les imputan son variados, pero comunes. Se olvidan de pagar impuestos, trafican con alguna cosa ilegal... En fin, nada que conmueva al mundo del delito. Lo singular de todas ellas es que sus directivos son profesionales en toda manipulación. Gente inteligente que ha considerado que manipular al prójimo es algo serio que debe ser librado de improvisación y adquirir niveles de auténtica tecnología.

Sin embargo, no son genios que han descubierto algo nuevo; simplemente, han puesto total dedicación y empeño en ciertas prácticas que las iglesias oficiales transitaron hace ya siglos y que muchas transitan en la actualidad.

Guerras santas, cilicios y mortificaciones propias y ajenas, ayunos y abstinencias contrarias a lo que pide el cuerpo, no se llevaron ni se llevan a término si no es mediante una ponderable «comida de coco» del personal. Esto ha ocurrido y ocurre en prácticamente la totalidad del planeta Tierra.

Si ahora reparamos con asombro en los muchachos de las sectas es simplemente porque las iglesias oficiales próximas llevan algún tiempo de aburguesamiento y no muestran ya sus mejores tradiciones. En cambio, los sectarios actuales le echan al asunto todo el empeño de los grupos minoritarios y escogen a sus posibles adeptos con rigor de ordenador.

Algunas lecturas de la Historia o un leve repaso literario nos refrescarán la memoria sobre los pasos andados por nuestras iglesias e igual descubrimos que el Sr. Moon es tan sólo un buen aprendiz y que los científicos sólo tienen de nuevo su lenguaje pseudocientífico.

Desde niños

Es muy común hablar de la notable imaginación de los niños. Psicopedagogos y educadores no dejan de escribir tratados sobre el tema. Por otro lado la imaginación es un bien de gran prestigio, elogiado por nuestra sociedad y casi puesto a la cabeza de los valores intelectuales.

... los educadores más importantes critican el carácter represivo en los programas de enseñanza.

Sin embargo, resulta contradictorio comprobar que no hay mayor preocupación de las culturas oficiales que la de abortar esa imaginación de los niños. Desde hace ya muchos años los educadores más importantes critican el carácter represivo en los programas de enseñanza para estimular aquel valor tan ponderado.



El pastor y su rebaño

Alguien puede suponer ceguera en los administradores pero no hay tal cosa. Sencillamente, la ideología progresista de los educadores choca con las Administraciones que tienen como objetivo formar ciudadanos muy asimilados al sistema y no desarrollar individuos demasiado críticos. De hecho, los intentos de escuelas «abiertas» realizados en distintas partes del mundo nunca fueron demasiado bien vistos por la cultura oficial y casi empujados al fracaso por padres y funcionarios.

Si se desprecia la imaginación, ¿en qué se basa entonces la educación? Pues sencillamente en manipular a los chicos para que ideológicamente no contradigan las costumbres y la opinión social. No se trata sólo de meterles información intencionada en la cabeza sino de domesticarlos también en espíritu. Es un sistema infalible.

Veamos cuáles son los puntos que deben asimilar dentro de los programas de educación: una serie de operaciones aritméticas, algunos datos de ciencias, las reglas básicas para poder leer y escribir sin faltas de ortografía y poco más. El resto es información de dudosa procedencia y veracidad, mensajes ideológicos aberrantes, formación plástica decadente y, muy importante, sometimiento a la disciplina y el orden. Quizás en este último punto resida la razón básica de la escolaridad.

En pocas palabras, que la manipulación nos coge desde pequeños, pero tampoco les adjudiquemos a los sufridos maestros el privilegio en ser los primeros en extorsionarnos o lavarnos el cerebro. La cosa empezó antes...

Madre sólo hay una

Algunos descartados suelen afirmar que nadie podría soportar a más de una progenitora. Sin llegar a esos extremos, tampoco podemos silenciar que las primeras manipulaciones de nuestra existencia llegaron de la teta de la madre.

Mamá nos manipuló el sueño para que tuviéramos un orden, aunque en esto tuvo que ver también papá. Y

nos hicieron creer que nuestro incipiente miembro viril se llamaba «caca» y que no era bueno jugar con él.

Papá, por su parte, nos manipulaba el llanto hasta convencernos que las lágrimas no son cosa de hombres. Que para nosotros eran el balón y los juegos de fuerza, y las muñecas para las niñas. Por estas y otras cosas, no es extraño que hayamos resultado tan opuestos y que nos cueste a todos tanto echarnos un polvo con salud y felicidad. Y es que el sexo también lo llevamos manipulado, a decir verdad, es lo que más nos han manipulado.

Machistas, reprimidos, estrechas, pedreastas, impotentes, lesbianas y un larguísimo añadido de desviaciones sexuales integramos este tejido de hombres y mujeres incapaces de amarnos como nos merecemos. Todo culpa de nuestro manipulado sexo. Y estamos tan manipulados que seguimos diciendo que nadie nos puede querer como mamá —para fastidiar a quien quiere amarnos— y ejerciendo con nuestros hijos las mismas manipulaciones sufridas.

Ser joven

Por imperio de la edad, todo el que sobrevive a la infancia, llega a la juventud. Edad dorada cantada por los poetas y ungida por los políticos con la mayores esperanzas. Para los jóvenes son, por lo menos en la literatura y en la retórica, todos los desvelos de la sociedad; son proclamados dueños del futuro y, claro está, son los depositarios de los valores más altos de las comunidades, patrias o culturas a las que pertenecen.

En ese preciso instante comienza la manipulación, porque entre depositario y guardián o defensor, las divergencias semánticas son muy sutiles. Si se consigue que los jóvenes se sientan inflados de orgullo por esa responsabilidad, la manipulación está lograda, y la renta será alta para los manipuladores. Por lo general los tan altos valores que deben custodiar no son otra cosa que los intereses de las clases rancias de su sociedad que, de esta manera, encuentran guardianes baratos de sus intereses. Paradójicamente, reclutados entre quienes son los menos beneficiados y los primeros damnificados.

Reprimidos en sus libertades más que los mayores, asistentes a escuelas sin presupuesto, peregrinantes del primer empleo, bocado esencial de la publicidad del consumo, receptores permanentes de mensajes contradictorios que atentan contra la formación de su legítima personalidad, los jóvenes deben —a pesar de todo— amar y defender los valores de la sociedad que los trata de aquella manera. Luego, según las circunstancias, se revientan el coco con alguna bomba casera haciendo de guerrilleros o dejan la osamenta en guerras absurdas a las que los envían los mayores.

Si los muchachos no entran por la variante, descubren el juego y se niegan a la manipulación, son marginados por antipatriotas, disolventes, pasotas, drogadictos y, claro está, pierden el trono dorado de los jóvenes.

Manipular a dos

Si las cosas vienen como vienen, no es extraño que raramente podamos iniciar una relación sin intentar como primer movimiento intentar manipular al otro. No confiamos en que la actitud sincera y mostrarnos como somos sean suficientes atractivos para quien nos interesa.

Si somos mecánicos diremos que somos técnicos en motores, si llevamos los papeles de un procurador presumiremos de abogados de una multinacional. De más está decir que haremos gestos para que el otro crea que somos más inteligentes. Presumiremos de haber viajado pese a que nuestra única salida haya sido la de fin de curso y diremos que conocemos a gente importante a la que sólo hemos visto en los periódicos. Es decir, alteraremos la información que el otro puede recibir de nosotros para manipular la opinión que se pueda formar. Él, por su parte, hará lo mismo... Uno y otro intentaremos formar una falsa imagen que no es otra que esa que nos agradaría si estuviéramos en el lugar del otro y, aunque parezca extraño, esto funciona.

no es extraño que raramente podamos iniciar una relación sin intentar... manipular al otro.

Pero no es ésta la única manipulación. Existe otra mucho más sutil en la cual cada uno hace su propia automanipulación. Consiste en enamorarse de quien posee todos los signos exteriores que ambicionamos para nosotros. No se trata de un acto de interés, lo que sería saludable, ya que no habría engaño propio ni posterior frustración. Realmente nos enamoramos del señor con chalet en la sierra y aire ejecutivo y coche deportivo, o de la señora bronceada con rayos UVA, gimnasio supercaro y ropa interior finísima. En realidad nos estamos enamorando de lo que el otro tiene y no de lo que es. Porque ya venimos manipulados para creer que la gente es lo que tiene.

Descubrimos que hay que hacer el amor con el chalet, dialogar con el gimnasio, compartir nuestras angustias con la ropa interior y convivir con el ejecutivo. Pero para compartir esas cosas es necesario un ser humano y no esos objetos que nos han presentado como medios que conducen a la felicidad.

Llegan entonces las miserables manipulaciones cotidianas destinadas a extorsionar al otro para compensar esas necesidades esenciales insatisfechas. Si no la satisface sexualmente, ella le exigirá un chalet más grande, pero

tendrá que disimular los devaneos extraconyugales con el pretexto de «salvar» la familia.

Manipulación a mogollón

Si bien es evidente que todos manipulamos a los demás, o por lo menos lo intentamos, también es cierto que muchas veces no somos conscientes de que lo estamos haciendo o, por lo menos, no creemos que exista otro medio para realizar nuestras vidas. Todavía más cierto es que el ejercicio de estas manipulaciones a mogollón, no nos asegura ni el éxito ni la supuesta felicidad que debería devenir con él.

Lo más probable es que simplemente intentemos manipular a los demás porque la forma de vida que nos han dado hace imposible vivirla de otra manera. Nosotros, por ejemplo, que hemos sido educados en la moral cristiana y que somos hijos del cristianismo, debemos hacer auténticas piruetas éticas para hallar los pretextos que justifiquen lo que tenemos que hacer para sobrevivir dentro del sistema. Como decía Mafalda, el popular personaje de Quino, «nadie amasa una fortuna sin hacer harina a los demás...» y, esto último, no es demasiado cristiano.

Idénticas contradicciones encontramos para vivir nuestra sexualidad en libertad, para desarrollar nuestra personalidad en plenitud, para elegir nuestras vidas sin que pese más el interés que la vocación, para expresar nuestro afecto sin miedo a ser estafados.

Así, manipular al otro no es sólo la forma entendida de obtener lo que pretendemos sino también el recurso obligado en una convivencia social en la que el signo de la existencia es la inseguridad. El miedo que esta inseguridad nos produce sólo podemos contrarrestarlo, con el ejercicio del poder tener a los otros en el «puño» es la mejor manera que sabemos para protegernos, cuanto más poder tenemos sobre los demás, nos sentimos más protegidos y para conseguir ese dominio la manipulación no tiene límites. Porque, precisamente, el mayor manipulador es el primer manipulado.

Muchas enfermedades fueron consideradas en la antigüedad como sagradas o próximas a lo divino y en la actualidad los que las padecen sólo merecen atención y, en algunos casos, compasión. Quizás esto de la manipulación tenga su fin cuando en un futuro utópico una madre llegue con su hijo a la consulta médica y diga: «Me tiene muy preocupada, afirma que de mayor quiere ser rico y tener éxito»

¿Será que todo es mentira?



Ley de Zappa Hay dos cosas en la tierra que son universales: el hidrógeno y la estupidez.